

El pesimismo de Schopenhauer

Volker Spierling

ABSTRACT (*Schopenhauer's pessimism*)

Schopenhauer has acquired, not unreasonably, the fame of being a pessimist thinker. To him, in opposition to Leibniz, this world is the worst of all the possible worlds. «Were it worse –he says- it could not keep existing». This article exposes, through an analysis of his work together with a fictitious talk with the German thinker, the foundations of that pessimism and its philosophical implications.

PARTE I

Para Schopenhauer la admiración es el punto de partida del filosofar, como ya afirmaron Platón y Aristóteles. «No es otro el comienzo de la filosofía sino la admiración» (*Teeteto*, 155c). «Fue la admiración lo que primero impulsó a los hombres a filosofar» (*Metafísica* I, 2, 982 b 13). Para Schopenhauer la admiración es la «madre de la metafísica» (W, II, p. 176).

Más en concreto, es la muerte el verdadero genio que incita a filosofar. «La meta de nuestra vida es la muerte; nos es obligado mirar hacia ella», escribe a semejanza de Montaigne en su ensayo *Filosofar es aprender a morir* (I, 19, p. 52). Schopenhauer está convencido de que en una vida sin dolor ante la experiencia del mal y sin la aterradora certeza de la muerte, no habría filosofía (W, II, pp. 528 ss.). «El asombro filosófico es en el fondo consternación y desconuelo», pues la filosofía procede «de la contemplación del mal y de la miseria en el mundo» (W, II, p. 190).

Sin duda, es la certeza de la muerte, y junto a ello la contemplación del sufrimiento y de la miseria de la vida, lo que impulsa a la meditación filosófica y a la interpretación metafísica del mundo. Si nuestra vida careciera de límites y de dolor, quizá a nadie se le ocurriría preguntar por qué existe el mundo y por qué es como es: todo sería evidente por sí mismo (W, II, 176 ss.).

A excepción del hombre, ningún ser vivo se asombra de su propia existencia. Por esta razón, para Schopenhauer la admiración es algo más que un motivo psicológico de la actividad filosófica: es la situación fundamental en la que se encuentra el hombre, la que lo define como animal metafísico.

Con esta conciencia y esta admiración surge en el hombre la necesidad, peculiar suya, de metafísica: el hombre es un *animal metaphysicum* (W II, p. 176).

Que el mundo sea como es, no es para el hombre algo evidente por sí mismo. La admiración sobre la enigmática facticidad del mundo lleva al hombre a preguntar si no sería posible que este mundo no existiera en absoluto. La conciencia de este problema es para Schopenhauer la inquietud que mantiene en marcha continua el reloj de la metafísica (W II, p. 189).

Ocasiones para la admiración tuvo Schopenhauer bastantes en su vida. Una de ellas fue el gran viaje de recreo por Europa que emprendió con sus padres en 1803, durante 18 meses (Schopenhauer tenía entonces 15 años). En la visita a la prisión de Toulon tuvo oportunidad de contemplar 6.000 condenados a galeras. La situación desesperada de estas personas produjo en su ánimo compasivo un fuerte impacto. Además, fue testigo de una ejecución. En su diario escribe:

Me estremecí cuando les ataron la soga al cuello; fue el peor momento: su alma parecía ya estar en otro mundo, era como si no notaran nada. Un cura estaba con ellos en el patíbulo; hablaba con uno de ellos continuamente: era penoso ver con qué angustia querían rezar aquellos hombres en sus últimos momentos. Uno de ellos agitaba sin parar sus manos extendidas arriba y abajo; aún hizo un par de movimientos después de haber caído... (R 43 ss.).

Vivencias impactantes como ésta son las que dan pie a la filosofía, las que obligan a pensar. El que experimenta esto ya no puede deshacerse del «espectáculo del mal y del dolor en el mundo» (W II, 190, p. 222). Para el Schopenhauer ya adulto sólo es verdadero filósofo aquél cuyas preguntas metafísicas surgen «de la visión del mundo, y no de los libros, de un sistema previo» a la vida (W, I, pp. 38 y 68).

Las consideraciones de Schopenhauer acerca de los sufrimientos de la vida, atraviesan como una vibración constante tanto sus tempranas experiencias como su posterior obra filosófica. Por otro lado, ya de joven se quedó atónito ante la capacidad de los hombres para desviar la mirada del aterrador espectáculo del mundo y entregarse a superficiales distracciones. A diferencia de lo que experimentó ante los esclavos en Toulon, Schopenhauer se admira ahora de la falta de admiración en los hombres indiferentes. Allí donde empieza la indiferencia, acaban para Schopenhauer la filosofía honrada y la moral viva. El animal metafísico es capaz de sepultar su necesidad de metafísica y malograr su esencia.

Años más tarde, Schopenhauer escribe valorando positivamente este gran viaje, que le enseñó a preferir el conocimiento surgido de la experiencia concreta al cálculo conceptual fantasioso y alejado de la vida. Conceptos como Absoluto, Substancia Absoluta, Dios, Infinito, Ser, Bien, son sólo fantasías o, como dice

Nietzsche — en esto discípulo de Schopenhauer— «sepultura de las intuiciones» (III, p. 319). Sólo la intuición viva mediante los sentidos proporciona directa o indirectamente conceptos sólidos. Por intuición entiende aquí Schopenhauer contemplación del mundo exterior y del propio interior. La filosofía debe permanecer unida a la experiencia. Puede expresar sus resultados en conceptos abstractos, pero no partir de ellos dogmáticamente como lo dado en primer lugar. La razón no puede conocer a priori, con ayuda de conceptos generales y reglas lógicas, la esencia del mundo o la «cosa en sí». Ello no está en su poder. La razón no puede trascender las intuiciones que dependen de las sensaciones corporales. En esto Schopenhauer está cercano a los resultados gnoseológicos de la *Crítica de la razón pura* de Kant. El terreno de juego del conocer humano es muy limitado.

La primacía de la intuición sobre el concepto es un rasgo fundamental de la filosofía de Schopenhauer. En su ética confiere a este rasgo su significado más decisivo: el pensamiento conceptual está necesariamente ligado al mundo percibido y con ello al dolor. Si ya es problemático, desde una perspectiva gnoseológica, pretender superar las intuiciones concretas con conceptos especulativos, desde un punto de vista moral es más peligroso perderse en abstracciones. Sólo quien cierra los ojos puede prescindir en filosofía de las experiencias vitales de sufrimiento que se dan en las intuiciones primarias. Schopenhauer intenta cortar el paso a toda justificación filosófica del sufrimiento. La filosofía ha de enfrentarse con el dolor corporal.

Schopenhauer encuentra enojosas todas las formas tradicionales de optimismo, religioso o filosófico. Aunque al principio no sea más que en el indefenso grito desgarrado, todo ser vivo se ha de articular en su realidad tal como ésta es, sin embellecimientos de ningún tipo. Para ello está la revalorización de la intuición, la consideración metódica del mundo percibido por los sentidos.

Recordando su viaje de 1803, Schopenhauer escribe, casi treinta años después:

A los diecisiete años, todavía sin esmerada formación, me sobrecogió la miseria de la vida, de modo semejante a Buda cuando percibió la enfermedad, la vejez, el dolor y la muerte. La verdad que hablaba clara y diáfananamente desde el mundo me hizo abandonar los dogmas judíos tan impresos en mí. Ya no pude creer que este mundo fuera la obra de un ser bondadoso, sino más bien la de un demonio, que llama a las criaturas a la existencia para complacerse en su dolor. Los datos estaban a favor de esta opinión, que así consiguió convencerme. (HN IV, p. 96).

El concepto «demonio» se ha de interpretar aquí con cautela, por supuesto. Apunta a la convicción de Schopenhauer de que la esencia del mundo es algo no-divino, moralmente malo.

En esta actitud existencial se enraiza el pesimismo de Schopenhauer: no en libros o cuestiones académicas irresueltas. De un amplio espectro de experiencias surge la pregunta cuya respuesta es el pesimismo: la pregunta por el origen del mal, incalculable y sin nombre, del tremendo dolor que desgarró el mundo (N 143).

Para acercarnos a la respuesta de Schopenhauer y comprender de un modo vivo su pensamiento, como hemos intentado exponer su origen, hemos osado dar un salto al reino de la fantasía e imaginar a Schopenhauer redivivo hoy, en 1989, un año después de la celebración del bicentenario de su nacimiento, 129 años después de su muerte. ¿Qué pasaría si Schopenhauer se levantara de su tumba en nuestro mundo actual? ¿Cómo reaccionaría ante un periodista que le saliera al paso? Imaginemos por un momento la conversación ... Aunque la entrevista que ofrecemos a continuación es ficticia, hemos procurado apoyarla en citas originales de Schopenhauer.

PARTE II

(Los entrecorchetos son citas literales de Schopenhauer)

Periodista: Señor Schopenhauer, usted vivió entregado al trabajo. Sus contemporáneos no se lo agradecieron. La mayor parte de su vida pasó desapercibida por completo para ellos. Usted se denominó a sí mismo el «Kaspar Hauser de los profesores de filosofía». ¿Qué opina sobre la fama de que goza actualmente, en 1989, un año después de la celebración del bicentenario de su nacimiento, que le ha aportado incluso un sello de correos y una moneda oficial con su retrato?

Schopenhauer (refunfuña con aspereza): Lo que el «ganado bípedo» no supo antes, tampoco lo sabrá después. «Para ser apreciado por lo hombres, habría que ser semejante a ellos. ¡Por todos los diablos!» Ya estoy harto de esta comedia en torno a mi fama.

P.: Perdona, no le he entendido bien.

Sch.: «Mis contemporáneos eran como todos los contemporáneos. No tenemos nada en común, no nos conocemos, pasamos de largo unos al lado de otros.»

P.: Entonces, ¿no escribió usted para el gran público?

Sch.: «Escribí para los únicos semejantes a mí, para aquellos que aquí y allá viven y piensan, que sólo se comunican entre sí a través de la obra que han dejado y que así se consuelan mutuamente.»

P.: La primera edición de su obra *El mundo como voluntad y representación* fue utilizada como papel de reciclaje, porque no tuvo lectores. En cambio, hoy sale una edición detrás de otra. ¿Entrevió alguna vez que llegaría a ser famoso?

Sch.: «Mis obras tienen un éxito que da gusto. Y lo mejor está por llegar: mi fama crecerá durante muchos años con la rapidez de un incendio. Mis obras conocerán todavía muchas ediciones.»

P.: Tuvo razón con sus osadas profecías al afirmar que su obra principal sería uno de los libros sobre los que se escribirían más tarde cientos de otros.

Sch.: Es mejor que no hablemos más de esas «obras de pigmeos». Unos me copian, al menos permanecen con ello fieles a la verdad. Los otros me interpretan como les parece. Al leer la mayoría de esos «panfletos» se me revuelve el estómago. «¡Vulgares escritores! Tipos tan vulgares como las moscas en la pa-

red; tipos salidos de un cualquiera y una cualquiera. Su nombre es Legión. Nosotros andamos solitarios a través de los siglos.»

P. (en tono tranquilizador): Sí, sí, seguro...

Sch.: Que «el público alemán es asqueroso» es evidente: no tiene más que comprobar cómo se editan libros carentes de todo valor. (Con énfasis) ¡No es posible superar mi filosofía!

P.: Señor Schopenhauer, no se lo pone usted precisamente fácil a sus lectores. La cortesía no parece ser su fuerte. Usted tiene fama de pesimista. Por lo que sé, para usted el hombre es una fiera egoísta y lasciva, y poco más.

Sch.: «No se puede servir al mundo y a la verdad a la vez. Un animal es en lo esencial lo mismo que nosotros.» La diferencia consiste sólo en lo accidental, en el intelecto, no en lo principal, la voluntad. «El fundamento de nuestra esencia es nuestra naturaleza animal. La continuidad del género humano es simplemente una prueba de su tendencia a la lascivia.»

P.: ¿Acaso la Naturaleza no ha destinado al hombre a pensar?

Sch.: «Si la naturaleza hubiese destinado al hombre a pensar, entonces no le habría dado oídos, o bien se los habría protegido con espesos cartílagos, como a los murciélagos (a quienes envidio por ello). Pero en realidad el hombre es un pobre animal, cuyas fuerzas para mantenerse en la existencia están contadas.» Por eso necesita oídos abiertos, que le avisen de la «cercanía de sus perseguidores día y noche».

P.: Según usted, el hombre está obligado a luchar para subsistir y está impulsado por sus necesidades como todo animal.

Sch.: «El hombre es el más indigente de todos los seres: es deseo concreto y necesidad concreta. Está abandonado a sí mismo sobre la tierra con miles de necesidades, en medio de la más absoluta incertidumbre. De todas partes le amenazan continuamente peligros, para evitarlos necesita mantenerse vigilante. Camina con paso cauteloso y espía con miedo: mil azares y enemigos le acechan. Así pasó en el estadio salvaje, y lo mismo pasa en la vida civilizada: no hay para el hombre seguridad alguna. Y sin embargo, nos empeñamos en mantenernos vivos tanto como podamos, igual que los niños hinchon sus pompas de jabón hasta el límite, aun sabiendo que van a estallar. La vida es sufrimiento.»

P.: ¿Tan sombría ha de ser nuestra vida? ¿También nos gusta vivir! ¿Y no hemos progresado en la lucha contra el sufrimiento?

Sch.: «Los continuos esfuerzos para eliminar el sufrimiento no consiguen sino cambiar su forma externa. Su forma primitiva es la carencia, la necesidad, la preocupación por mantenerse en la existencia. Si con suerte se consigue —lo cual es difícil— contener en sus límites esta forma de dolor, entonces reaparece en otras mil formas, según edades y circunstancias, como impulso sexual, amor pasional, celos, envidia, odio, angustia, orgullo, enfermedad, etc. Si no encuentra manera de entrar en ellas, entonces se viste con el traje gris y triste del hastio y el aburrimiento.»

P. (impresionado, afectado): Nunca me lo había planteado así. Pero, aunque tuviera usted razón, el dolor ha de tener algún sentido. ¿No cree usted en que Cristo salvó al mundo?

Sch. (riéndose): Ja, ja, ja, «el buen Dios ha tomado forma humana y se ha de-

jado matar en Jerusalén: gracias a ello el mundo ha sido salvado y el diablo expulsado. Esto sí que es divertido...». (Otra vez serio). «La religión es la pieza maestra para adocenar la capacidad de pensar.» En ella alcanzan las deformaciones del hombre casi los 90°. «No hay otro disparate tan manejable para poder ser implantado fijamente en las cabezas de todos los hombres» desde la más tierna infancia mediante la educación.

P.: ¿En qué disparate piensa usted?

Sch.: En «la estúpida historia de que el mundo fue creado de la nada por un tipo personal. ¡Bah, qué asco! Prefiero la verdad al buen Dios. Pero éste ayuda a los suyos».

P.: ¿Qué opinión le merece la Biblia? ¿No tiene el cristianismo ninguna importancia para usted?

Sch.: «El Jesús histórico fue sólo un demagogo que quería hacerse rey de los judíos. Cuando las esperanzas fueron defraudadas, otros relacionaron con la persona de Jesús ideas budistas. El contenido ético del cristianismo es budista», contenido que yo he conservado en mi filosofía. Lo demás son historietas de milagros. Cuando se estudia el budismo, «la mente se ilumina».

P.: Su filosofía atea no cuenta en absoluto con seres puramente espirituales. ¿No existe un espíritu puro y absoluto?

Sch.: Ni Dios ni alma. Sólo conocemos seres pensantes que tienen un cuerpo y un cerebro. «Hablar de espíritus incorpóreos, en contra de los progresos de la fisiología actual, según los cuales un ser pensante sin cerebro sería como un ruminante sin estómago, sería muy osado. Toda psicología es absurda, pues no hay ninguna psique o espíritu individual.» Lo que denominamos «alma» es una unión temporal de voluntad e intelecto. La conciencia individual es una lámpara que se apaga con la muerte, después de haber realizado su tarea en esta vida.

P.: ¿Nada permanece entonces?

Sch.: ¡Claro que sí! La voluntad es lo que permanece. La voluntad es la esencia del mundo, no Dios, ni ningún espíritu absoluto. «Los filósofos sofistizantes desconocen en absoluto el problema de la filosofía. Ellos opinan que es Dios: parten de él como de un dato, del cual tratan constantemente, sobre si está en el mundo o fuera de él, si tiene conciencia propia o si tiene que servirse de la del hombre, y tonterías como ésas. El mundo, el mundo ¡estúpidos! Ese es el problema de la filosofía, el mundo y nada más. Mi filosofía nunca se entretiene en esas fantasiosas construcciones, sólo se ocupa del mundo.»

P.: Quien le oyera hablar, pensaría que es usted materialista.

Sch.: Un recto juicio sobre el materialismo no es fácil, igual que sobre el cristianismo. En ambos hay que diferenciar entre verdad y error. «La materia es un absoluto, sin origen ni fin. De su seno sale todo y todo vuelve a ella.» Pero esto no es todo.

P.: ¿Qué quiere decir?

Sch.: La esencia invisible del mundo, que yo denomino voluntad, aparece a nuestros intelectos como mundo visible. El mundo material objetivo es la visibilidad de la voluntad. No podemos quedarnos simplemente al nivel de lo material.

Pero aquí sólo quien haya leído la *Crítica de la razón pura* de Kant y mi obra *Sobre la voluntad en la naturaleza* podrá entender algo.

P.: No todo el mundo puede tener en mente estos difíciles escritos. Para los lectores normales es hoy imposible leer todo lo importante en su original. Ha de pensar en las publicaciones que aparecen constantemente ...

Sch.: «El gran público toma los libros por huevos: han de ser consumidos frescos. Por eso va siempre en busca de novedades. Porque la gente, en lugar de escoger lo mejor de todos los tiempos, sólo lee lo más nuevo; los escritores permanecen en el estrecho círculo de las ideas que circulan; por eso nuestra época se hunde cada vez más en su propia suciedad.»

P.: Volvamos al problema del materialismo.

Sch.: Si usted identifica ingenuamente la materia con el mundo que normalmente ve, y cree que esto es ya lo esencial, entonces usted se adscribe a un craso y estúpido materialismo. «Los científicos naturalistas están presos de su propio empirismo.» Como alguien que mira a través de un cristal azul y cree que el mundo mismo es azul.

P.: Creo haberlo entendido. El materialismo no tiene en cuenta sus presupuestos gnoseológicos, ¿no es así?

Sch.: Eso es. Oiga atentamente: «El materialismo es la filosofía del sujeto que se olvida de sí mismo mientras hace sus cálculos». Después de la *Crítica de la razón pura* de Kant, eso ya no debería ocurrir, pero mala hierba nunca muere.

P.: Entonces su filosofía no parte ni de algo espiritual ni de algo material.

Sch.: «Mi obra *El mundo como voluntad y representación* es un nuevo sistema, nuevo en el sentido pleno del término: no es una nueva exposición de algo ya existente, sino una serie de ideas bien trabadas que hasta ahora ninguna mente humana había osado pensar. La humanidad ha aprendido de mí algo que no volverá a olvidar, ha levantado el velo de la verdad más que ningún mortal antes que yo.»

P.: No suena precisamente a modestia...

Sch. (se ríe como de un buen chiste): Ja, ja, ja... «Sólo los sinvergüenzas son modestos», buen amigo. Ja, ja, ja... «Los que exigen modestia de los demás son pobres diablos, vulgares productos de la naturaleza, miembros ordinarios de la chusma de la humanidad.» Ja, ja, ja... No se moleste, hombre. No todos pueden ser como nosotros. Hágase usted mi apóstol o archive mi obra; y luego por lo menos no caiga en el error.

P.: Vayamos al núcleo de su doctrina. No es mi tarea criticarle.

Sch.: ¿A mí? (Pausa. Irritado). Entonces, ¿qué habría que criticar? (gruñendo). ¡Todo sería distinto si gentes como usted empezaran de repente a pensar por sí mismas! (tose ligeramente). Mi pensamiento hace el inmortal favor de romper con el error fundamental de la filosofía de todos los tiempos. «Todos los filósofos hacen del conocimiento lo principal y hacen surgir de él la voluntad.» Éste es el mayor de los engaños posibles. «Yo he emprendido una transformación radical del fundamento de la filosofía», pues: 1) he separado la voluntad del conocimiento; y 2) he explicado el mundo a partir de la omnipotencia de la voluntad. La esencia interna del mundo y del hombre es algo ciego y sin conocimiento. La oscuridad rodea nuestra existencia.

P.: Eso suena increíble: todo horizonte orientador se hunde en la nada. ¿Podría poner un ejemplo para clarificar su tesis de que la voluntad es lo original?

Sch.: «Si se le corta la cabeza a un caracol sin caparazón, sigue con vida, y después de una semana ya le ha crecido una nueva cabeza, y con ella la conciencia y la representación. Ello muestra que en el animal existe una voluntad ciega, manifiesta en el movimiento y en la expresión del dolor, que es el verdadero elemento de la voluntad.» A través de este ejemplo se hace evidente que la voluntad es lo principal y lo que permanece, el intelecto, en cambio, es lo accidental y perecedero. Lo que empuja al caracol en lo más íntimo es lo mismo que nos impulsa a nosotros. Y esto no tiene originariamente nada que ver con el conocimiento.

P.: ¿Pero entonces el intelecto se debe a otra cosa que no tiene conciencia! Tras el intelecto existe algo poderoso que debe tener algo que ver con el intelecto, pero ¿qué?

Sch.: Éste algo tan potente es la voluntad de vivir. Ésta quiere vivir cueste lo que cueste. Este impulso original permanece detrás de nuestro intelecto y lo utiliza para sus fines. De ello nuestro intelecto no tiene en principio ni idea, no puede penetrar en el oculto taller de nuestra voluntad, pues está dirigido hacia afuera y la preocupación por la vida capta toda su atención.

P.: Ahora entiendo el perfil de su nueva imagen del hombre. Lo racional del intelecto humano está de antemano determinado y depende de algo que en sí no es racional, ¿no es así?

Sch.: Así es, en efecto.

P.: Pienso que debemos profundizar más todavía en este aspecto.

Sch.: «A menudo desconocemos lo que deseamos o tememos. Podemos mantener durante años un deseo oculto sin permitirnoslo o hacerlo consciente. Pues el intelecto no debe saber nada de ello. Pero eso sólo ocurre en la medida en que la buena opinión que tenemos de nosotros mismos sufriera por ello. Cuando ese deseo se cumple, experimentamos en nuestra alegría, no sin vergüenza, que eso era lo que habíamos deseado: por ejemplo, la muerte de un familiar del que vamos a heredar. Y lo que realmente tememos, a veces lo ignoramos por completo, porque nos falta el valor para representárnoslo claramente. A menudo nos equivocamos acerca del motivo real por el cual hacemos o dejamos de hacer algo, hasta que un azar nos descubre el misterio y reconocemos que lo que teníamos por verdadero motivo no lo era, sino que era otro, que no nos habíamos querido confesar, porque no corresponde a la buena opinión que tenemos sobre nosotros mismos. Por ejemplo, abandonamos algo por motivos puramente morales, o eso creemos; pero después nos enteramos de que sólo el miedo nos lo impedía, porque lo hacemos tan pronto como el peligro se ha desvanecido. En algunos casos se puede llegar al extremo de que un hombre no se atreva a conocer el verdadero motivo de su acción, incluso no se vea capaz de ser movido por él, y con todo, sea ése el que internamente lo impulsa a actuar. Aquí tenemos un buen comentario al aserto délfico “conócete a tí mismo” y sus dificultades.»

P.: Lo no-cognoscitivo dirige el conocimiento. Esto duele. No todo el mundo lo creerá a gusto. ¿Quién quiere reconocer que él no es señor ni siquiera en su propia casa, en su yo? ¿O que no sabe lo que hace, que no se conoce a sí mismo? Los

motivos inconscientes de la acción de los que usted habla los analizó después un psiquiatra vienes al que usted no pudo conocer, pues tenía sólo cuatro años cuando usted murió. Por lo que yo sé, hace mención de usted con gran respeto.

Sch. (sonriendo): ¿Ah, sí? Ya, era un hombre importante, seguro... (tose). Nuestro conocimiento está totalmente corrompido por la vanidad. «El amor y el odio falsean nuestro juicio por completo. En nuestros enemigos no vemos más que faltas; en nuestros amados, grandes cualidades, e incluso sus defectos nos parecen adorables. Nuestra capacidad de prejuizar ejerce un poderoso influjo sobre nuestros juicios: lo que se adecúa a ella nos parece enseguida justo, razonable; lo que la contradice se nos antoja injusto o rechazable, o inoportuno y absurdo. De ahí todos los prejuicios de clase, de herencia, nacionales, religiosos, etc. Un prejuicio nos da ojos de lince para todo lo que lo confirma, y nos hace ciegos para todo lo que lo contradice. Lo que se opone a nuestro prejuicio, a nuestros planes, deseos, esperanzas, no lo podemos comprender ni captar: en cambio, lo que favorece nuestras necesidades lo cazamos de lejos. Lo que contradice al corazón, la razón no lo acepta. Durante toda nuestra vida mantenemos con firmeza errores, evitando examinar alguna vez sus razones, por un temor incierto a descubrir que hemos afirmado y creído durante tanto tiempo algo falso. De este modo nuestro intelecto es diariamente engañado y deslumbrado por las artimañas del instinto.»

P.: Entonces el intelecto es sólo una marioneta de la voluntad, ¿una marioneta que cree ser su propio tramoyista!

Sch.: Como usted lo quiera ver. La voluntad es el amo, el intelecto el esclavo. «El intelecto es una propiedad del animal», es sólo un utensilio, como las garras, las uñas, las alas, los cuernos o la dentadura. Y esta voluntad, este «impulso oscuro, fogoso», tiene bien agarrado al intelecto por la espalda y lo utiliza para su «lucha por la vida». Como dije al principio, «la base de nuestra esencia es nuestra naturaleza animal». No somos divinos. Quien desprecie a los animales y sea partidario de la razón que se aprenda esta norma de memoria: «Si la naturaleza hubiera dado el último paso hacia el hombre a partir del perro o del elefante, en vez de a partir del mono, el hombre sería muy diferente. Sería un elefante racional o un perro racional, y no un mono racional, como es ahora». El mundo es una «palestra de seres doloridos y asustados, seres que sólo están ahí para destrozarse mutuamente. Cada animal violento es la tumba viva de miles de otros, su permanencia en la existencia es una cadena de muertes. Esto es la naturaleza. El que no sea hipócrita, estará poco dispuesto a entonar aleluyas».

Traducción: María José Torres